

# Pablo de Tarso audacia y convicción

Jesús Ballaz



Directora de la colección: M.<sup>a</sup> Mercedes Álvarez

© 2008, by Jesús Ballaz y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

[www.editorialcasals.com](http://www.editorialcasals.com)

[www.bambulector.com](http://www.bambulector.com)

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: Aisa, Album, Prisma

Mapas: Farrés, ilustración editorial

Fotografía de cubierta: *San Pablo*, de El Greco (Doménico Theotocopoulos). Casa-Museo de El Greco. Toledo.

Cuaderno documental de Carlos A. Marmelada

Segunda edición: noviembre de 2011

ISBN: 978-84-218-4808-1

Depósito legal: M-34660-2011

*Printed in Spain*

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# Índice

<b>1</b>	Las capas de los verdugos	5
<b>2</b>	¿Judío o griego?	15
<b>3</b>	Un joven radical: un fariseo	21
<b>4</b>	La caída del caballo	27
<b>5</b>	Por Arabia y Nabatea	33
<b>6</b>	El encuentro con Pedro	39
<b>7</b>	Primer viaje. Por tierras de Chipre y Asia Menor	47
<b>8</b>	Segundo viaje (I). La etapa de Asia Menor: con Silas y Timoteo	57
<b>9</b>	Segundo viaje (II). La etapa griega: Filipos y Corinto	67
<b>10</b>	Segundo viaje (III). Regreso de Corinto a Antioquía	77
<b>11</b>	El <i>concilio</i> de Jerusalén	83
<b>12</b>	Conflicto en Antioquía de Siria	91
<b>13</b>	Tercer viaje (I). La gran colecta	97
<b>14</b>	Tercer viaje (II). Regreso de Corinto a Jerusalén	107
<b>15</b>	El arresto	113
<b>16</b>	Ante los tribunales de Cesarea	123
<b>17</b>	Preso hacia Roma	131
<b>18</b>	Sus últimos años y su oscuro fin	135

## Las capas de los verdugos

No hacía mucho que había muerto Jesús. Tal vez dos o tres años. Las crónicas de estos acontecimientos, que ocurrieron hacia el año 30 de nuestra era, no dan detalles cronológicos demasiado precisos.

El profeta de Nazaret había convulsionado el mundo judío. Para unos había sido más grande que Moisés. Para otros, un impostor que había sacudido las bases del judaísmo.

Aún se hablaba mucho de él. Demasiado, según sus enemigos.

Éstos le vieron morir. De muerte infame: ajusticiado en una cruz.

¡Le habían vencido!

Pensaban que su muerte acabaría relegándolo al silencio y que lo que él había enseñado quedaría enterrado para siempre. A lo más perviviría un tiempo en la mente de unos pocos nostálgicos.

Sin embargo, se equivocaban. No habían logrado acabar con él. Un reducido grupo, que se creía depositario de su herencia, persistía en difundir sus enseñanzas y poco a poco iba ganando adeptos. La muerte de Jesús había acrecentado su leyenda.

Ese fracaso provocaba en los furibundos guardianes de la Ley una rabia infinita. Tanto fariseos como saduceos, los dos grupos más poderosos, compartían esa sensación de impotencia frente a los que eran fieles al crucificado. Eran pocos, sencillos, timoratos, pero de convicciones profundas.

Hubieran querido taparles la boca por cualquier medio, pero los que habían sido discípulos del célebre galileo seguían hablando de él en las sinagogas, en las plazas y en las casas. Y, además, cada vez iban más lejos en sus afirmaciones. Contaban, por ejemplo, algo tan absurdo como que lo habían visto vivo.

Sus adversarios se reían de esas imposibles pretensiones de sus seguidores.

—¡Que lo han visto! ¿Después de muerto? ¡Si serán farisantes!

—¡Vivo! ¡Nadie sobrevive a la cruz!

—Vimos cómo lo enterraban.

Sin embargo esa extraña afirmación, que les parecía ridícula, los atemorizaba. No venía de una sola persona, de un chiflado o de un ignorante iluminado. En ese caso, hubiera bastado con desprestigiarlo o calumniarlo para acallar la fuerza de sus palabras. Por tratarse de acabar con la memoria de un personaje tan incómodo como Jesús de Nazaret, el Sanedrín, la máxima autoridad judía, hubiera apoyado a quienes lo difamasen.

Sobre esa noticia, por desgracia, se iban acumulando testimonios coincidentes en Judea y en Galilea. Y todos decían lo mismo: que Jesús se les había aparecido, que había caminado a su lado, que...

Lo habían reconocido cuando partía el pan, como hizo la noche antes de morir... Ese gesto era muy significativo porque sus seguidores se reunían para partir el pan y compartirlo. Decían que así expresaban su hermandad y hacían que Jesús estuviera misteriosamente entre ellos.

Los que afirmaban que le habían visto después de muerto no daban detalles sobre esos encuentros con el maestro, pero todos tenían la misma convicción: «Jesús ha resucitado». Lo sostenían sin titubeos, sin la menor vacilación.

Y los más cercanos a ellos les creían. Y muchos otros, ajenos a aquel personaje, porque no habían tenido ninguna relación con él mientras caminaba por sus calles y plazas, comenzaban a hacerse preguntas sobre él.

A los que seguían odiando al crucificado, les tenía sin cuidado que lo hubieran visto o no. ¡Allá cada cual con su chifladura! Pero lo que les molestaba era no ser capaces de evitar que el recuerdo de ese hombre estuviera cada vez más vivo.

Y lo estaba. Se veían obligados a constatar que se le puede quitar la vida a una persona, pero no se puede matar su recuerdo.

Los gestos compasivos del galileo, sus milagros y sus palabras quedaron indeleblemente grabados en el corazón de las gentes. ¡Eran tantos los que se identificaban con Jesús de Nazaret y veían en él a un hombre condenado injustamente...!

Cada día crecía el número de personas que lo recordaban y se tomaban en serio lo que él había enseñado por las calles y plazas, por las casas y las sinagogas... Y no cesaban de pedir a los discípulos que le acompañaron, los llamados apóstoles, que les hablaran de él. Muchos de ellos eran

judíos piadosos, que no faltaban a los ritos del Templo, pero que después se reunían en casas particulares y cenaban juntos y escuchaban las palabras de Jesús de boca de los que habían sido sus amigos.

Lo veneraban tanto que algunos empezaban a ver en él a alguien más importante que Moisés. Y no eran cuatro aprovechados que se estaban inventando un nuevo dios, como hacían tantos charlatanes. Desde que Palestina era provincia romana, pensaban que el tema de los dioses parecía un circo. Tanto en Grecia como en Roma se contaban los mitos al gusto de los oyentes.

Los que seguían al de Nazaret no eran de éstos; seguían hablando del Dios de Abraham, Isaac y Jacob, y lo seguían respetando, pero daban a la Torá, la Ley judía, un nuevo sentido.

Después de lo que había enseñado Jesús y de lo que le había ocurrido, ya no podían leer e interpretar igual las Escrituras. Eso decían sus seguidores. Lo afirmaban sin arredrarse ante lo que les podía caer encima.

En efecto, su osadía les estaba costando cara. Los jóvenes fariseos, entre los que se encontraba un estudiante de Tarso llamado Saulo, comenzaban a perseguirlos.

—¡Son blasfemos! —comenzaron a decir algunos de ellos.

—Tenemos que lograr que callen. Ahogaremos su voz —concluían otros.

—No será fácil. Cada día son más.

—Les taparemos la boca dándoles algún escarmiento.

—Parecen dispuestos a todo. Nada les intimida.

—¡Eso ya lo veremos! Hay blasfemias que se pagan con la muerte.

Pero los seguidores de Jesús ni siquiera con esas amenazas callaban. ¿De dónde sacaban la fuerza para seguir fieles al ajusticiado por los romanos?

La figura de Jesús, aquel hombre controvertido al que habían visto por sus calles y al que le habían oído polemizar con los fariseos y los poderosos de la ciudad, se iba agigantando. Le consideraban justo y sabio.

Como suele ocurrir a menudo, cuando se le tapa la boca a alguien por la fuerza o incluso con la muerte, ese silencio se convierte en un grito aún más fuerte y más desgarrador. La voz de Jesús de Nazaret resonaba por todas partes, como un viento imposible de detener.

La figura de aquel hombre compasivo, que curaba a los enfermos y se acercaba a los necesitados, que se enfrentaba a los que mercadeaban en el Templo y discutía con los escribas, crecía a los ojos de mucha gente sencilla y también ante los sabios amantes de la verdad.

Entre los que le seguían había judíos deseosos de encarlo dentro de su tradición, los judaizantes. Pero también había otros que creían que, después de lo que había dicho y hecho Jesús, la Ley ya no servía para nada. Con él, afirmaban, había comenzado algo nuevo. Eso nuevo aún tardaría en tener nombre. Acabaría llamándose cristianismo.

También se tomaron en serio el mensaje de Jesús muchos «griegos» de origen pagano y judíos que vivían fuera de Palestina, judíos de cultura griega: los helenizantes.

La cultura griega, que brillaba desde el siglo V a. C., ya no pertenecía solo a los griegos. Se había convertido en la gran cultura moderna y universal de aquellos tiempos.



Uno de los primeros en alzar la voz en defensa de Jesús fue Esteban, un hombre prudente y sabio que gozaba de mucho prestigio.

Los fariseos enseguida comenzaron a discutir con él, «pero no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba».

Entonces quisieron taponarle la boca. No podían permitir que siguiera hablando impunemente en el mismo Jerusalén. Sus razonamientos podían contagiar a muchos.

Esteban no se muerde la lengua. Para él Jesús es el Mesías que habían esperado sus antepasados desde tiempo inmemorial, el que habían anunciado los profetas de Israel durante varios siglos, según las palabras que oían en la sinagoga todos los sábados.

—Lo que Jesús de Nazaret dijo durante los tres años que predicó al pueblo no estaba contra la Ley, pero sí estaba *por encima* de la Ley —afirmaba Esteban con firme convicción.

Sus razonamientos encendían la rabia de los judíos radicales. Saulo, que se estaba formando en la escuela del sabio Gamaliel, era de los que pensaban que había que hacerle callar antes de que fuera demasiado tarde.

El enfrentamiento se fue haciendo más duro. Y como no lograban rebatirlo ni dominarlo, comenzaron a conspirar contra él. Valían todos los medios. También la calumnia: «Instigaron a unos hombres para que dijeran: —Nosotros hemos oído a éste pronunciar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios».

Y la calumnia comenzó a hacer mella entre la gente.

Sin embargo, Esteban no callaba. No se dejaba amedrentar fácilmente.

Sus enemigos decidieron pasar a la acción. Lo apresaron y amotinaron al pueblo contra él.

—¡Hay que terminar con ese blasfemo! —gritaban. La muchedumbre encendida suele jalearse a los que más gritan. Lo llevaron ante el Sanedrín.

—¿Es cierto lo que dicen de ti? —le preguntó el Sumo Sacerdote.

Esteban no negó que para él Jesús estaba por encima de la Ley. Pero también afirmó que éste no intentaba suprimir la Ley de Moisés sino completarla. Él era el Justo anunciado en los libros sagrados que había venido a salvar a Israel y a todos los hombres.

Y sin amedrentarse ante los que les acosaban a él y a los suyos, acabó su intervención con esta denuncia:

—«¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Ellos mataron a quienes anunciaban de antemano la venida del Justo, aquél a quien vosotros ahora habéis traicionado y asesinado».

Tras sus valientes palabras, decidieron apedrearlo. Las piedras del odio ya las tenían almacenadas en sus duros corazones. Solo tenían que cambiarlas por guijarros que hirieran de muerte. Ese asunto ya lo habían discutido muchas veces:

—¿Nos permite la Ley apedrear a un impío?

—No solo eso, nos lo ordena.

—Solo los tibios o los indiferentes no colaborarían con los designios de Dios.

Los judíos más radicales estaban dispuestos a hacer callar la voz del apóstol Esteban. Entre ellos estaba Saulo, aunque era demasiado joven para que su voz se dejara oír todavía; pero no hacía falta porque otros fariseos pensaban,

al igual que él, que la muerte ejecutada de manera colectiva era un ajusticiamiento que dignificaba al que la llevaba a cabo...

Para romper la resistencia de los que tenían escrúpulos a la hora de derramar sangre los fariseos más drásticos lograron vencer las dudas de los más timoratos hablándoles de la importancia del celo de las cosas de Dios y les leyeron los pasajes de la Torá, la Ley de Moisés, en los que se maldecía a los tibios. Y lo hicieron tan bien que, para regocijo del joven Saulo, consiguieron que se condenara a Esteban a morir lapidado.

—Pero Esteban es un hebreo, como nosotros, hijo de hebreos —seguían objetando.

—Hay hebreos traidores —decían unos.

—Si no acabamos con ellos, ellos acabarán con nuestras tradiciones —añadían otros encolerizados.

—¡Tiene que morir! —exclamaban los más radicales.

—¿Por qué? Esteban no habla contra Moisés y su Ley, no deja de ir al Templo, cumple con las abluciones... Es un hombre tan piadoso como el que más de nosotros. Solo dice que cree en ese Jesús —exponían los más moderados.

—¡El Nazareno! El que decía que era capaz de destruir el Templo y levantarlo en tres días...

Sonaron estentóreas risotadas en las oscuras bocas de los más decididos. Otros se quedaron lívidos porque no querían llegar a matarlo.

Saulo seguía apasionadamente ese debate, pero aún era demasiado joven para intervenir. ¡Cómo lamentaba no tener unos años más! Veía tan claro que Esteban era un traidor a las viejas tradiciones judías...

No podría tirarle piedras, pero sí podía lanzarle insultos. Aquellos dardos cargados de odio impactaban en los tímpanos de Esteban con tanta violencia como golpearían más tarde las piedras en su cabeza.

Saulo no cesaba de jalear a los más radicales. Para él, la lapidación de Esteban era un acto de purificación. Le bullía la sangre en las venas. El celo es materia inflamable cuando aún no ha madurado la razón.

Los más moderados no pudieron frenarlos. No hubo piedad. Sacaron a Esteban a las afueras de Jerusalén y lo apedrearon sin misericordia. Mientras lo hacían, los verdugos «pusieron sus vestidos a los pies de un joven llamado Saulo» (Hch 7, 57.58).

Saulo aprobaba esa muerte.

Si hubiera tenido la edad legal para participar en la ejecución, hubiera sido el primero en lanzar piedras contra quien consideraba un blasfemo.

El atardecer se tiñó de un triste tono rojizo. El sol incendiaba las nubes pegadas a las montañas. Parecía que iba a arder el bosque.

Algún adivino hubiera dicho que era un mal presagio. Y hubiera acertado; lo era. Al menos para los seguidores de Jesús. Esa muerte abría la veda para que fueran cazados impunemente.

Esteban había sido un hombre cabal e inteligente. Pero ni siquiera él había sido un freno para los insensatos más violentos. Roto ese dique, la ira se desbordó como un río crecido y se desató una gran persecución en Jerusalén contra los que creían en Jesús. Fueron a buscarlos casa por casa para llevarlos a la cárcel.

Saulo participó como uno más en esa cacería. Las comunidades cristianas no olvidarían fácilmente al fanático joven de Tarso. Muchos tuvieron que escapar de Jerusalén o pasar a la clandestinidad en la misma ciudad para no ser encarcelados.

Sin embargo, el efecto de la persecución iba a ser el contrario del que pretendían los fariseos. Muchos seguidores de Jesús huyeron a otras ciudades y empezaron a crear en ellas nuevas comunidades, que ellos llamaban *iglesias*.

¿Quién era ese joven Saulo que estuvo de acuerdo con la injusta muerte de Esteban? ¿De dónde procedía? ¿Qué era lo que podía justificar a sus ojos esa ignominia? ¿Qué formación había tenido el de Tarso para llegar a ese extremo de fanatismo?

## ¿Judío o griego?

Saulo debió de haber nacido en Tarso unos diez años después de que lo hubiera hecho Jesús de Nazaret, aunque no lo sabemos con certeza.

Le pusieron un nombre hebreo, el mismo nombre que el del rey Saúl que aparece en la Biblia, pero le añadieron una terminación griega. Ésa era la costumbre en ciudades como aquélla. Su familia era judía pero vivía inmersa en un ambiente de cultura griega.

El nombre Pablo, con el que lo conocemos hoy, lo adoptó más tarde. Pero eso ya lo contaremos en su momento porque tiene mucha importancia. Ocurrió cuando su vida dio un vuelco tan grande que le hizo cambiar sus planes por completo.

Saulo nunca renegó de su lugar de nacimiento: Tarso. Al contrario, siempre consideró positivo haber visto la luz por vez primera en una ciudad que era una encrucijada de culturas. Cuando, muchos años más tarde, lo llevaron detenido ante un tribuno romano de Jerusalén, en su último viaje a esa ciudad, declaró:

—Soy de Tarso de Cilicia, una ciudad no insignificante (Hch 21, 39).